

CUADERNOS DE POLITICA EXTERIOR

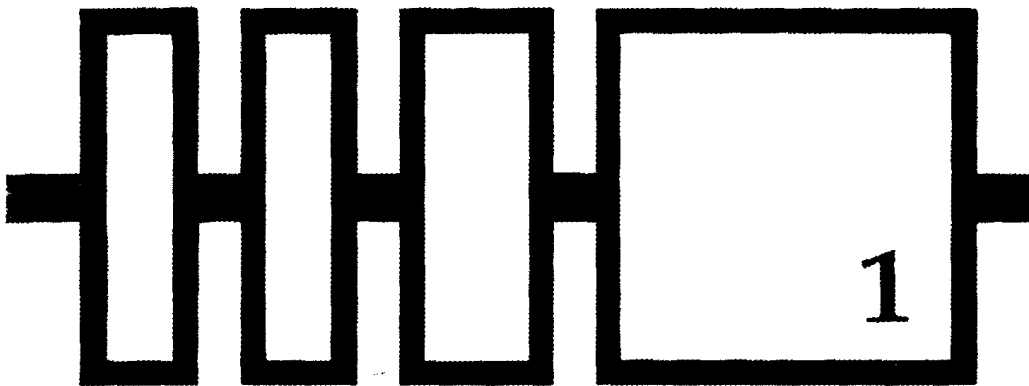
Para ordenar las publicaciones de la
AFESE dirigirse a:

presidencia@afese.com

Para consultar guía de libros y
revistas en:

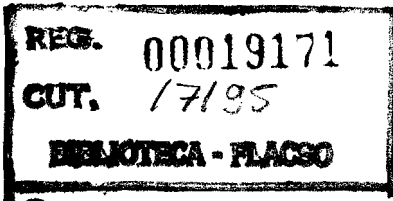
www.afese.com

opción publicaciones.



327.380
C891c

Las opiniones vertidas por los autores en el presente texto son de su exclusiva responsabilidad y no comprometen el criterio institucional de AFESE o ILDIS.



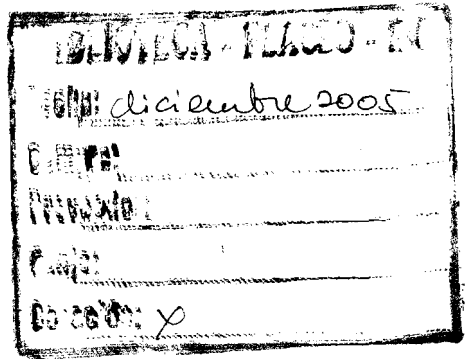
© AFESE - ILDIS

ISBN-9978-94-017-0

Edición
Renato Arcos

Diseño gráfico
Isabel Pérez - Telf. 546.740

Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales,
ILDIS
Avda. Colón, 1346, Apartado 367-A. Teléfono 562-103.
Quito - Ecuador



Contenido

Presentación	7
América Latina y la administración Bush. Dr. Bruce Bagley	11
La violencia en la historia de los países andinos. Felipe Mac Gregor	19
Evaluación de la cooperación internacional para combatir el narcotráfico. Eduardo Pizarro	33
Política de los Estados Unidos frente al al narcotráfico. Jonathan Hartlyn	53

Relaciones civiles-militares en los países andinos. Fernando Bustamante	75
El Sela frente a los desafíos actuales de América Latina. Carlos Pérez del Castillo	103
Situación Internacional Contemporánea Jorge Domínguez	133
Las políticas de la URSS y de Cuba y su incidencia en América Latina. Jorge Domínguez	161

Fernando Bustamante
FLACSO - CHILE

Relaciones Civiles - Militares en los Países Andinos

Lo que se ha llamado el militarismo en América Latina tiene dos grandes fuentes en los medios académicos. Una, que es de tipo vernáculo local, y nace de la polémica de intelectuales, políticos, civiles, en el siglo pasado, teniendo figura pionera a Domingo Faustino Sarmiento, que fue presidente de Argentina, y fue el primero en problematizar este tema de manera, en contra de lo que, en ese tiempo, se veía como una forma de primitivismo político: los regímenes de los caudillos militares con posterioridad a la Independencia. Es toda la temática que está detrás de "Facundo", libro clásico de Sarmiento, y que toda la intelectualidad positivista, progresista liberal latinoamericana mantuvo viva a lo largo del tiempo, en una permanente reflexión sobre por qué la América Latina era incapaz de establecer regímenes de tipo constitucional, similares a los que imperaban en los países que eran los modelos de la intelectualidad latinoamericana:

Inglaterra, Estados Unidos y, en cierta forma, Francia, si bien esta última también sufría de sus particulares achaques políticos en el siglo pasado.

La otra fuente es la de los académicos del Norte, de los países desarrollados, que integraron, a partir de los años 50, la discusión del militarismo latinoamericano a la del militarismo europeo.

A primera vista, para los primeros estudiosos académicos e intelectuales de este problema, el militarismo latinoamericano no era sino una variante del fenómeno del militarismo europeo, tal como había sido estudiado en los países en que se había producido.

Recordemos que en el siglo XIX y principios del siglo XX, para la teoría política liberal europea, algunos países eran casos-problema. Por ejemplo, los alemanes, con todo el modelo prusiano, bismarckiano de desarrollo, en el cual las fuerzas armadas tienen un rol muy distinto al que tuvieran, por ejemplo, en el caso británico, un país casi sin ejército nacional, tal como lo conocemos hoy en día, o en Estados Unidos, otro país profundamente desmilitarizado hasta muy recientemente.

En todo caso, la idea era la de que en el desarrollo hacia formas modernas, democráticas, constitucionales de gobierno, ciertos países europeos, los de desarrollo tardío - Alemania; Rusia hasta la revolución; la monarquía Austro-

Húngara, en cierta forma; y en algunos momentos Italia; España, con toda su historia de golpes militares y de regímenes fuertes-, de alguna manera representaban un problema. Y el análisis que se había hecho tradicionalmente, era el de que la presencia del militarismo en estos países europeos obedecía al atraso de sus formaciones sociales, en las que el elemento feudal mantenía una gran fuerza y una gran presencia. La presencia militar, pues, era vista en estos países como el efecto de la persistencia del poder social y del poder político de la clase del viejo régimen, del "ancien régime". Era una posición que también sirvió para explicar el particular tipo de desarrollo que tuvo el Japón después de la restauración Meiji.

Ahora bien, en Europa esto se entiende muy bien porque, efectivamente, en casi todos los países europeos la oficialidad, salvo períodos revolucionarios muy cortos, era de extracción aristocrática. Efectivamente, la carrera de las armas era una de las carreras nobles por excelencia. Y, por lo tanto, entre las fuerzas armadas, sus cuadros permanentes, la clase del viejo régimen y la nobleza terrateniente existía una solidaridad que iba mucho más allá de lo ideológico; eran las mismas personas. De hecho, incluso, y esto es una nota al pie de página, estudios recientes de tipo histórico han mostrado hasta qué punto los estados europeos, incluso aquellos que se consideraban más "avanzados y modernos", hasta entrado el siglo XX contaban con una presencia aristocrática de los distintos estados de la nobleza, mucho más fuerte de la que se pensaba en una

generación anterior de historiadores. La estructura de las Fuerzas Armadas Británicas y del estado británico, por ejemplo, lleno de lores, de nobles, de condes y de barones. También el ejército francés muestra esa tenaz persistencia del elemento noble. Lo mismo puede decirse de las burocracias civiles, de la contraparte civil del aparato público.

Esto hace relativizar, hasta cierto punto, esa idea de que el siglo XIX fue el gran siglo del desarrollo burgués, de que la clase media, los empresarios, fueron el elemento realmente dominante de la política europea. Hoy día la tendencia es más bien a pensar que el "aburrimiento" de la política europea en realidad sólo termina y culmina en el siglo XX y, posiblemente, después de la Segunda Guerra Mundial.

Es como consecuencia de este problema que surgen los primeros estudios en donde se intenta aplicar esos esquemas a Latinoamérica. Para entonces, se sostenía que los militares que daban los golpes o que hacían gobiernos fuertes, eran los representantes de la clase local más parecida a los terratenientes nobles y aristócratas de Europa.

La primera oleada de estudios tiende a satirizar esta situación. Los militares aparecen como los aristócratas de uniforme o como los agentes de la aristocracia terrateniente que, a través de ellos, mantiene su poder.

Desgraciadamente, estudios históricos mucho más finos y mucho más realistas han demostrado que en América

Latina esto estuvo lejos de ocurrir. En primer lugar, sólo muy tardía y muy débilmente, hacia fines de la Colonia española, los antepasados de las fuerzas armadas latino-americanas fueron extraídos de la clase pudiente criolla. Hasta las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII, el cuerpo de oficiales estaba, en su casi totalidad, constituido por peninsulares que vivían en guarniciones, en puestos estratégicos, y que establecían relaciones muy débiles, en tanto militares, con la élite local. La élite local, en realidad, contrariamente a la élite europea -que era una de nobleza militar guerrera, de nobleza feudal, de caballeros-, no fue una élite armada. Fue una élite desarmada uno de cuyos grandes problemas radicaba, precisamente, en acceder a los puestos militares. Uno de los mayores resentimientos del criollo fue que no se le permitía entrar a una carrera que, en esa época en el Imperio Español, era de gran prosapia; una suerte de carnet para entrar a la pequeña y, después, a la alta nobleza.

Así, al nacer a la vida independiente, las aristocracias locales o los equivalentes locales de las aristocracias terratenientes europeas, no tenían ni historia, ni tradición, ni preparación guerrera. Si se quiere se trataba de una clase eminentemente civil, toda vez que el poder militar que existió era el de la Corona Española.

La guerra de la Independencia no la ganaron los criollos, en términos estrictamente bélicos. Fueron los autores intelectuales, si se quiere, los mentores políticos. La guerra la hicie-

ron gentes nuevas: los llaneros colombianos, los gauchos en las pampas, los habitantes del norte de México, personajes éstos que no tenían alcurnia, ni mucho menos. Eran ejércitos “populares”, por lo menos en su constitución, y había muy pocos oficiales de carrera, muy pocos aristócratas, muy poca gente de alcurnia. De modo que se constata, históricamente, que no existe esa asociación oligarquía terrateniente- fuerzas armadas, de la que se habló en la primera oleada de estudios. Y ese es un primer punto que llama la atención; las clases altas de la élite latinoamericana sólo tarde y mal lograron establecer un control sobre las fuerzas armadas o sobre los militares.

Esto llevó a una segunda línea de estudios. Si es que los militares no eran los abanderados de la tenebrosa reacción de la Colonia, los representantes del poder oligárquico y terrateniente ¿qué eran entonces?

Esa segunda línea de análisis se va al otro extremo y está representada, por ejemplo, por autores como Luis Schampay que, en los años sesenta, sostiene que, en la práctica los militares eran el elemento más moderno y avanzado de los aparatos públicos de la sociedad latinoamericana.

Para este autor -y tratando de hacer un resumen- los países latinoamericanos se caracterizan por estados débiles, desorganizados, tradicionalistas, carentes de capacidad técnica, de know-how con una excepción: los militares, que por su profesionalización son los primeros en contar con

una formación burocrática y tecnocrática de un nivel sensiblemente superior al de la que primaba en la sociedad civil y en la clase política.

La clase política latinoamericana ha sido y aún lo es en cierta medida, una clase amateur. No se trata de gentes que se preparen explícitamente para ser políticos. Son empresarios, son terratenientes, son intelectuales que, de alguna manera, desembocan en la política. No sucede así con los militares. El militar es una persona de preparación rigurosa, sistemática y desde mucho antes de que aparezcan las tecnocracias civiles al estilo, por ejemplo, de los famosos economistas que hoy en día abundan y que intentan, mal o bien, dirigir los destinos de un país.

En ese contexto, los militares constituyen el punto de partida para el proceso de modernización del resto del conjunto del estado y de las instituciones. Y esos valores técnicos, profesionales, que tanta presencia adquirirían en las Academias Militares, podrían en la medida en que los militares asumían un rol más importante en los asuntos públicos, difundirse hacia esa civilidad atrasada, tradicionalista, todavía sumida en la noche de la Colonia. Ese segundo punto de vista estuvo muy en boga en los años sesenta y de hecho fundamentó muchas de las políticas de los Estados Unidos de América hacia los ejércitos latinoamericanos, que podrían aparecer, en esa óptica, la punta de lanza para una modernización democrática de ideas.

Louis Schampay desarrolla su teoría a partir de la experiencia de los países africanos. Es un africanólogo y un asiatólogo, un experto en Asia Sudoriental. Es muy posible que el cuadro que pinta, corresponda a lo que se vivía en países como Tailandia, que él conoce profundamente.

Una tercera posición, que reacciona contra autores como Schampay, plantea lo siguiente: los militares no se reducen a ser meros tecnócratas. Tienen una profesión y una especialización profesional sumamente clara, pero, dados los azares de la vida y de la historia latinoamericana, han tenido, desde temprano, que ocupar posiciones políticas muy importantes. No son solamente una burocracia especializada en algo como, por ejemplo, los médicos. La vocación militar tiene un carácter mucho más rico. Es una vocación de servicio público y tiene su esfera propia en el estado. Y el estado es política. Y la política es el debate, el consurso continuado de los distintos seres humanos que viven en un país hacia los problemas de la vida colectiva en todas sus dimensiones. Reducir al militar a un simple especialista en cañones o en táctica militar, es empobrecer el cuadro, la película de lo que él es. El militar es, pues, mucho más que esto, y tiene lazos, intereses, ideologías, vinculaciones que van mucho más allá.

En este sentido, la posición de autores como Morris Janowitz, resulta más realista. El cuadro del militar estrecho, profesional en sentido estricto, no parece corresponder a la realidad, ni siquiera en aquellos países en donde este

cuadro tiene su origen, como por ejemplo, en Estados Unidos. El involucramiento de los militares norteamericanos en la política de su país, en su política externa, es infinitamente más grande de lo que normalmente se cree. Pensemos en el señor Oliver North, en el señor Douglas Mac Arthur, en el General Eisenhower. Lo que sucede es que en esos casos se trata de un rol político altamente legitimado por lo que el estado civil pide y requiere de ellos, y por eso no resulta escandaloso ni problemático.

En los países latinoamericanos, en cambio, parece darse un continuo desfase entre el rol político que cumplen los militares y lo que la civilidad quiere de ellos. Creo que fue Alain Rouquier quien se preguntaba hasta qué punto todo este discurso nuestro sobre la democracia, los valores liberales, la constitución y todo ello, no es, como dicen los brasileños, "para inglés ver" es decir "para mostrarle a los ingleses". O sea, para que ellos vean que también nosotros somos civilizados. O sea, cuánto hay de verdadera vivencia de valores democráticos en los grupos civiles que parecen ser los impulsores del proyecto democrático. Y cuánto hay en esto, de una especie de aldea potemkin que se construye para consumo de los Estados Unidos, de los ingleses... No estoy sugiriendo que no haya un verdadero interés en los grupos civiles pero comparto la pregunta muchas veces, cuando uno ve las conductas prácticas, concretas de la política cotidiana, tal como se dan en la mayoría de estos países, asalta la duda porque la práctica de la política civil cotidiana no parece, en muchas ocasiones ser más democrá-

tica, ni más liberal, ni más respetuosa del imperio de la ley, que lo que puede ser la de cualquier caudillo militar o de cualquier hombre fuerte uniformado o no.

Acaso sea por eso que la situación civiles militares aparece siempre revestida de un carácter problemático y crítico. Parece necesario, en todo caso, que si se va a cuestionar el problema del militarismo, ese cuestionamiento nos lleve, en algún momento, al del problema del civilismo. ¿O es que no tenemos aquí el equivalente de un síntoma neurótico que hace del militar el culpable de un problema que ya está inserto en la constitución de la cultura política misma del civil?

Eso es mucho más claro en el siglo XIX, cuando era muy fácil pasar de civil a militar y viceversa.

Ahora bien, volviendo a las teorías, existe una cuarta visión que plantea lo siguiente: el problema no son los militares, sino la estructura social de los países, su estructura política. Los golpes militares o los gobiernos militares no se explican por el tipo de militar que tenemos. No es la naturaleza de la cooperación militar o de la institución militar la que los explican, sino el carácter de la sociedad en que vivimos. Es el tipo de análisis que hace Samuel Huntington que sostiene que los golpes militares se producen porque hay una sociedad estructurada de una manera tal, que necesariamente empuja u obliga a los militares a tomar el poder.

Hay que poner el acento, no tanto en las características intrínsecas de la oficialidad de las fuerzas armadas, sino en las características intrínsecas de la estructura social de la estructura política en la cual se insertan, y Huntington sostiene que, en general, lo que ocurre es que las sociedades latinoamericanas, por una serie de factores, son incapaces de manejar las demandas que los distintos grupos sociales, dirigen al estado, un estado que se cierra, que entra en fases autoritarias, de estrechamiento de la participación, y que cuando la abre, no tiene canales, formas de conducir esa demanda popular de una manera que sea compatible con la estabilidad del sistema. Según Huntington sería la falta de cuerpos intermedios realmente articulados con el estado, y con la democracia, el gran vacío que hay entre el ciudadano o el súbdito y el estado, la carencia de buenas mediaciones, las que hacen que, cuando se desata la demanda popular, ésta revista un carácter frontal, directo, sobre un estado que finalmente se desintegra por el peso de una presión que no puede sostener. Es entonces cuando el militar aparece como el último recurso del estado para poder sostenerse, para poder mantenerse y lograr un reflujó de esta demanda desbocada. O, cuando aparece como aquel que lleva la demanda al interior del poder: es el caso de los gobiernos militares de corte populista, como los peronistas en Argentina, por ejemplo, en los que se constituye en el portavoz de los descamisados que irrumpen en el poder desde afuera.

Ahora bien, existiría otro punto de vista, mucho menos estructurado y sin autores tan ilustres como los que he

mencionado, que, sin soslayar el análisis de las estructuras sociales, se pregunta por la naturaleza de la participación militar en la política, pero tratando de entender en qué consiste la función militar y cómo se vincula a la política específicamente. Ya no como agente de intereses extraños, ya no como expresión de necesidades sistemáticas, sino como la voluntad de un actor más o menos consciente, que intenta de alguna manera orientarse en un mundo opaco como el que vivimos. Es, por ejemplo, la perspectiva de gente como Irving Horowitz que definen al militar como un servidor público, pero no cualquier servidor público. ¿Qué es lo que al militar profesional, al militar de escuela, le interesa ante todo? ¿Qué es lo que le han enseñado a defender? La Nación. Pero, ¿en qué se expresa la Nación? Porque la Nación es un concepto muy abstracto ¿dónde está la Nación? ¿Quién es la Nación? ¿Quién no es la Nación? Eso hay que operacionalizarlo de alguna manera. ¿Y dónde está la Nación? En el Estado. El Estado, que le paga su sueldo, que le da sus medios de trabajo, que le da su legitimidad, lo ha creado. Ese es el referente básico del militar profesional.

No hay que olvidar que la gente ingresa a las academias militares a una edad muy temprana. Y quien entra en ese mundo deja, atrás de sí, de manera radical su destino civil.

El proceso de educación militar tiende precisamente a romper los lazos de ese civil con el mundo civil y a integrarlo, en su manera de pensar, en su forma de vivir, en su

modo de vestir, a otro mundo. Y ese mundo se define por esa devoción casi sacerdotal de servicio al Estado.

Entonces, si queremos entender la vida del militar en la política, primero tenemos que aprender qué es lo que le pasa al Estado y cómo su destino es visto, en cada coyuntura, por los oficiales, y por el conjunto de personas que forman los cuadros de las fuerzas armadas.

Normalmente los militares no están adscritos a posiciones ideológicas, ni a intereses de clase, ni a ningún otro interés que no sea el de esta devoción quasi religiosa del Estado. Por lo tanto, su acción se entenderá en esta orientación quasi hegeliana, diría yo Hegel, en algún momento de su filosofía, llegó a sostener que un Estado constitucional moderno requería de una clase universal. Y esta clase universal era la de los servidores públicos que no tenían otro interés particular que el interés universal.

Ahora, esto es verdad sólo en tanto y en cuanto la profesionalización del servidor público sea realmente tal. Es muy probable que en Haití los militares sean profesionales sólo en el nombre, pero que, en realidad, su acción obedezca a principios por completo distintos, como también eran por completo distintos los principios que regían la acción de un jefe de montoneras, como podía haber sido el General Páez, o como lo pudo haber sido Melgarejo en Bolivia. Esos militares no eran servidores del Estado. Se servían del Estado.

Hay un ethos que constituye un principio de acción, un poco a la manera de los imperativos categóricos Kantianos. Así como el empresario tiene el ethos de la maximización de su eficiencia microeconómica, de mantener la más alta rentabilidad posible y obtener los beneficios más altos posibles, el obrero normal tiene una lógica de satisfacción de sus necesidades básicas. El uno tiene una lógica de optimización. El otro, de satisfacción. El militar tiene la lógica de preservación de una estructura. Ahora, eso solamente plantea el problema, porque hay que ver entonces cómo concibe cada militar, en cada país, la preservación del Estado, qué cosas del Estado preserva. Qué concepción de lo que es la estabilidad del Estado y su supervivencia va a imperar en un momento dado en una doctrina militar cualquiera. Eso es parte ya de la lucha político-militar y es por eso que el problema de la seguridad interna y la seguridad externa, en el fondo no es tan importante, porque no importa de dónde venga la amenaza, lo importante es que es amenaza. El enemigo puede estar fuera de las fronteras en un momento dado, pero puede estar al interior de las mismas en otro. Eso, desde el punto de vista castrense, no hace diferencia una vez que es definido como un enemigo de la estabilidad.

Los esfuerzos por entender la conducta militar en América Latina, deben por lo menos, tratar de asumir la especificidad de la corporación castrense y de entender cualquier discurso ideológico sobre el orden, que se genere al interior de aquella. Deben tomar en cuenta, de alguna manera, que lo que le interesa a este grupo es muy diferente de aquello

que puede movilizar, motivar o activar a otros grupos, como por ejemplo, el trabajador, el empresario, el intelectual, que tienen también sus propias máximas de conducta orientadas a ciertos fines que también les son específicos.

Ahora bien, es verdad, como dice Huntington, que nunca vamos a entender la dinámica de la política militar si no entendemos la estructura política en la cual se desarrolla y de la cual forma parte. Por lo tanto, es necesario entender al actor, como tal, para entender el contexto en el cual actúa. Los biólogos, por ejemplo, cuando estudian una especie y la pauta de supervivencia de una especie animal o vegetal en un medio ambiente, estudian el medio ambiente y el bagaje genético de la especie. El medio, que representa los desafíos y el bagaje genético, permite conocer qué tipos de respuestas puede presentar a ese medio con los desafíos peculiares que ese medio le ofrece.

Tal vez podríamos, por analogía, pensar en los actores sociales de ese modo: como acotados por un medio que les presenta oportunidades, desafíos, dificultades que faciliten su acción. Pero su respuesta no es más que alguna que está determinada por el programa interno que tienen.

Ahora bien, cuáles han sido las etapas, el desarrollo del poder militar y las modalidades que ha tenido en los países andinos.

Volvamos a la Independencia. En América Latina, contra-

riamente a lo que ocurrió en Europa, -y valga esta comparación como una especie de correctivo a las visiones eurocéntricas que normalmente se utilizan en el juzgamiento de los hechos políticos latinoamericanos- el principio fue el ejército. En Europa lo fue la Nación. Y porque hubo Nación pudo haber Nación en armas. Aquí primero hubo armas y, a partir de ahí, se constituyó la Nación.

La verdad es que al momento de la destrucción del poder de la Corona Española -después de una violentísima guerra que destruyó profundamente las estructuras sociales, políticas, económica de estos países- había una serie de caudillos militares, o de jefes militares, algunos de ellos profesionales, como el General San Martín, por ejemplo, que era un militar de escuela, y otros; y una enorme cantidad de gentes que se hicieron oficiales en la guerra, a quienes la necesidad llevó a convertirse en conductores de hombres. Y la verdad es que durante un período de unos treinta a cuarenta años, los estados eran el ejército y el poder del estado llegaba del comando militar que dominaba en una región.

Este ejército, estas fuerzas armadas, gozaban de una gran autonomía de las clases dominantes. Hay cronistas que relatan, por ejemplo, qué pasó el día en que el ejército bolivariano se retiró de Bogotá para volver a Venezuela, una vez rota la Gran Colombia.

El relato de alguien que escribía una carta da cuenta de que las campanas estaban echadas al vuelo, la gente, en traje de

fiesta, ovacionaba a los próceres civiles. Había gran alegría porque se habían ido los militares. ¿Por qué? La coexistencia entre las oligarquías locales -entendidas como la opinión pública civil que contaba- era extraordinariamente difícil. La sensación que tenían los criollos -me refiero a las clases altas, a las élites civiles- era la de que habían ganado la guerra a nombre de las élites criollas, pero también la de que el poder no estaba en sus manos: el poder estaba en manos de los hombres de a caballo, de los Flores, de los Páez, los Santacruz, los Rosas, etc., etc., según el país. Y sentían también que esta gente no eran ellos. Los señoritos bien no estaban ahí. Generalmente habían sido fusilados por los realistas al terminar la primera fase de la rebelión anti-española. Quienes ganaron la guerra eran gente muy dura, gente de las periferias, que venía de los márgenes del orden colonial que era fuertemente estamentalizado, severamente graduado por el color de la piel.

Hubo una irrupción de gente nueva. Lo que muchas veces se olvida es que las guerras de la Independencia representaron un proceso de movilidad social sin precedentes en la América Hispana. Un proceso en el cual las clases notables locales probablemente se habrán sentido como los senadores romanos a la llegada de los generales bárbaros que venían a sostener el imperio, porque no había quien los sostuviera en el imperio. Los que han estudiado historia recuerdan la última fase del Imperio Romano; los grandes generales romanos eran godos que llegaban y acampaban en Roma o en donde fuera y, por supuesto, los elegantes

senadores locales se sentían profundamente molestos por esta intervención.

Por lo tanto, la guerra de la Independencia ya representó un cambio. No en el sentido de la revolución al estilo de la francesa, no de ideología, no como un nuevo proyecto de sociedad sin curso, sino en términos de que las clases dirigentes se renovaron porque, llegado el momento de la paz, todos quisieron cobrar por su sudor y por su sangre. Y eso significó tierras, puestos públicos, prebendas, y un desplazamiento parcial de las élites coloniales: en fin, un tira y afloja muy violento, con distintos resultados en los distintos países. En Colombia, por ejemplo, las élites coloniales salieron casi indemnes, lograron controlar a los ejércitos, excepción hecha del triunfo de los santanderistas contra los bolivarianos.

En el Ecuador las cosas sucedieron a la inversa. El Ejército primó sobre el patriarcado local. Si uno estudia la correspondencia de la época, el estado de opinión en ese momento, se da cuenta de que aquí no hubo un ejército de oligarcas, ni siquiera oligarquía. Todo lo contrario.

Ahora bien, el ejército creaba el estado, el estado la nación y la nación genera las clases. El estado, además, genera las clases sociales.

En América Latina, en el siglo XIX, fue desde el Estado que las clases sociales fueron creadas e impulsadas. Y muchas

de ellas también en el siglo XX. Y, una vez más, el rol de los caudillos militares fue muy importante. No se trató de caudillos militares al estilo moderno. No estamos hablando de un oficial que pasó por el estado mayor, que se educó formalmente, que siguió las distintas especializaciones. Esos eran muy pocos. En los primeros cuarenta o cincuenta años de vida republicana, vestían uniforme, pero se habían hecho militares empíricamente y, muchas veces, eran civiles que tomaban el uniforme. Por ejemplo, hay una figura que en Colombia y Ecuador fue muy importante: el doctor general. Eran abogados. Pero, ¿quiénes eran abogados en ese entonces? Los latifundistas, los terratenientes, los patricios, que estudiaban Derecho como una forma de ser de esa clase. Pero eran también generales, porque el hecho de pertenecer a ella garantizaba ipso facto, el acceso a la capacidad de movilizar hombres, o a un despacho de general, de coronel, de lo que fuera.

En Colombia, las guerras civiles fueron peleadas en gran parte por doctores generales. El ejército regular colombiano prácticamente no participó en estas guerras civiles, sino que fue un espectador. Las guerras las hicieron los patricios civiles, los doctores generales, con sus ejércitos leales y de clientes. En otras palabras, como dice Alain Rouquier, había militarismo sin militares. Había guerras intestinas, golpes de estado, pero no había militares tal como hoy se los concibe. Pasar de militar a civil o de civil a militar era una operación sumamente fácil.

Y una vez más, contrariamente al modelo europeo de los ejércitos de masas -como los de la revolución francesa, compuestos por ciudadanos que defendían a su patria de los imperios despóticos, impulsados por una especie de patriotismo natural que luego se contagió a otros países-, de aquí nadie quería ser militar, nadie quería ser soldado. Por lo tanto, ¿a quién se tenía que recurrir? ¿quiénes eran la forma, quiénes muchas veces las clases? Dicho brutalmente, la hez de la sociedad.

Hay una nota que un comandante -y esto es elocuente- le mandó al Presidente de Nicaragua. Le decía: "En el tren que llega esta tarde a Managua van trescientos voluntarios. Le ruego me devuelva las sogas porque aquí en León siguen habiendo muchos, y el entusiasmo por enrolarse sigue creciendo". Eso demuestra el carácter del reclutamiento. O si no, se armaba a las peonadas, en el mejor de los casos, para defender al patrón, por supuesto. No al Estado ni a la Nación. Eso estaba absolutamente fuera de discusión.

De modo que no es difícil imaginar la capacidad militar que podían tener los ejércitos del siglo XIX, constituídos por oficiales aficionados, más o menos empíricos, por suboficiales y tropa que eran ex-presidarios o presidarios que se les había conmutado las penas para ir al ejército, gente recogida, vagabundos, parias. O sea, una verdadera colección de personajes surgidos de la picaresca.

En Ecuador, por ejemplo, es enorme la cantidad de

documentación que prueba que se reclutaron a los peores elementos. La tarea de reclutar, requería de una fuerza militar. Cuando pasaban las columnas de reclutamiento, se producían verdaderas batallas entre la población, que no quería ser reclutada, y los reclutadores. La vida militar no ofrecía nada, como no fuera una servidumbre tremenda.

En Brasil, incluso en los primeros años de este siglo los cadetes se rebelaban, estaban cansados de los azotes.

Resulta fácil entender que la relación que, en esas condiciones, establece la civilidad con las fuerzas armadas es dramática, porque el oficial es visto como un bárbaro.

Ahora bien, hay una segunda fase, que empieza a afirmarse a partir del siglo XIX y que coincide, más temprano o más tarde, en distintos países: se empieza a producir una subordinación de los militares al poder civil. Es una lucha larga, pero finalmente, el poder civil logra un inicio de profesionalización de las fuerzas armadas, ante la necesidad de lograr el orden, es decir, la paz entre militares y civiles, entre los caudillos de a caballo y los señores de los salones. Primero, porque sin un ejército más o menos único y central no era posible crear una economía política. No se podía mantener ningún tipo de comercio, y las oportunidades comerciales que había tras la integración de los países al mercado mundial a través de la economía de exportación, eran demasiado grandes como para verlas pasar sin hacer algo. Pero una precondition básica era un mínimo de orden interno.

Y ese mínimo de orden interno se garantizaba con un ejército único y un ejército más o menos disciplinado, que obedeciera.

En segundo lugar, los distintos países sostuvieron guerras. Y en estas guerras, que sí eran en serio, todos pasaron por la triste experiencia de constatar que los ejércitos servían para librarlas y que era entonces necesario mejorarlos y convertirlos en máquinas militares eficientes. Caso por caso, país por país, se producía esta situación. La profesionalización es casi siempre consecuencia de una experiencia militar en una guerra internacional, en la cual o se experimentan serias dificultades, o se pierde, o se vence.

Chile, que le ganó a Perú y a Bolivia la guerra del Pacífico, contaba con un ejército relativamente profesionalizado y disciplinado, pero, aún así, tenía serias deficiencias. Y lo curioso es que ese ejército que tomó Lima y se paseó por el Perú, no estuvo dirigido por oficiales: el mando lo ejercieron aficionados civiles que, para suerte de los chilenos, eran gente genial. Tuvieron dos ministros de guerra civiles, que resultaron amateurs inspirados: Sotomayor y Vergara, en ese orden. Pero después los dos vuelven a Chile y se preguntan lo que habría sucedido si del otro lado se hubiesen encontrado con un ejército realmente capaz de pelear. Y concluyeron que era necesario llamar a los alemanes para que se encargaran de disciplinar a la fuerza militar.

Así, fue en la perspectiva de crear una economía de

exportación -lo que requería de orden, de vías de comunicación, de bandas armadas para garantizar el transporte de las mercaderías -que tras de muchas luchas y muchos tropiezos, las clases pudientes finalmente lograron controlar el fenómeno en casi todas partes.

Ahora bien, se establece una tercera fase a principios de este siglo y en algunos países incluso un poco antes: el profesionalismo tal como se lo conoce hoy en día, que ya no es, como lo fuera a fines del siglo XIX, un profesionalismo en que los militares están sometidos al poder civil. Eso no es práctico: no son agentes de la oligarquía ni de los civiles, sino corporaciones autónomas con un alto grado de autogobierno.

Originalmente, la idea de las élites civiles era profesionalizarlos para excluirlos de la política. En la medida en que se retiran a los cuarteles, se dicen, no hacen política, nos dejan gobernar a nosotros.

Pero no es fácil, porque autonomizar a las fuerzas armadas del poder civil las puso en condiciones por primera vez, de tener su propia doctrina, su propia cadena de mandos, sus propios criterios internos de promoción. Ya no primaba el favoritismo de un pro-hombre civil. Ya no se ascendía gracias a una buena recomendación, a una buena amistad con alguien. Eso se va acabando paulatinamente.

Una corporación regida por criterios propios empieza

también a pensar con una doctrina propia, a tener su propio ethos, su propia cultura, su propio enfoque de las cosas, su propia noción de en qué consiste servir al Estado y, muchas veces, todo esto diverge de la visión de las élites civiles, que seguían funcionando como siempre, sobre la base de las prácticas tradicionales.

En otras palabras, lo que sucede con los ejércitos latinoamericanos, es que se burocratizan. No en el sentido peyorativo que se le da al término, sino en su acepción weberiana. Es decir, se convierten en corporaciones de gente que se guía por normas impersonales, universalistas de desempeño de la función, de una tarea clara y específicamente definida.

Ahora bien, en el siglo XX, en casi todos los países de los que estoy hablando, tarde o temprano se produce la separación de los poderes civil y militar. Desaparece la figura del caudillo militar medio rústico del siglo XIX. Ahora se trata de oficiales con estudios superiores, muchas veces más preparados que la élite civil con la cual tienen que enfrentarse. Estamos hablando de un animal de una especie muy distinta.

En una primera fase, el choque de las fuerzas armadas se produce preferentemente con las formas tradicionales oligárquicas. Los años veinte o treinta están jalonados, en distintos países de América Latina por golpes militares contra las oligarquías de notables patricios civiles. En el Ecuador, la Revolución Juliana. En Brasil, el movimiento de

los tenientes después de Getulio Vargas. El movimiento de Ibáñez en Chile. El peronismo como una manifestación un poco más tardía de lo mismo, en Argentina. La acción de Villarroel y Peñaranda, en Bolivia. Incluso el primer Fulgencio Batista en Cuba.

Hay un punto en que todos estos militares concuerdan: crear un estado que no sea la proyección pura del poder personal de los pro-hombres, un estado universal, un estado hegeliano. No es un estado que fuera patrimonio, como lo había sido el estado latinoamericano hasta entonces, de los notables.

Pensemos en el Ecuador de principios de los años veinte: el Estado no podía pagar los sueldos si la banca de Guayaquil no le suministraba el dinero. Era un Estado en el cual el Ministro de Hacienda era un simple empleado de la banca de Guayaquil, un estado que no tenía Banco Central. Un Estado que, en el fondo no era sino una ficción. Lo que había era el poder de los notables, de los patricios, que podían ser terratenientes, en unas partes, grandes comerciales en otras, o banqueros.

El gobierno que surgió de la revolución Juliana hizo mucha obra en términos de seguridad social, de derecho, legislación laboral... Pero, cosa muy importante, lo que perduró con más fuerza fue el Banco Central. Y así una serie de otras organizaciones públicas, tendientes al fortalecimiento del Estado, a su automatización.

Ya no el patrimonio de los notables -como en las polis antiguas, cuando la república era la suma de los patrimonios de los notables urbanos-, sino eso otro: El Estado en su arte.

Eso implicaba, además, la incorporación de nuevos grupos a la vida civil, de estamentos, de estratos que habían quedado marginados de la vieja política urbana.

Entonces, hay un segundo elemento muy importante: casi todos estos gobiernos militares de los años treinta, cuarenta, promovieron la industrialización, en la creencia de que con ella estos estados alcanzarían un mínimo de autonomía. Porque, ¿qué autonomía podía tener el Estado chileno, si inclusive las ametralladoras tenían que traerse en barcos desde Alemania, y el día en que los alemanes decían no hay más ametralladoras, o hay guerra y necesitamos todas la ametralladoras, Chile no tenía ametralladoras? ¿Qué pasaba si un barco peruano se averiaba? Había que transportarlo hasta Inglaterra para arreglarlo porque en el Perú no había industria naval. Y si los ingleses tenían otra agenda de prioridades, el barco peruano se quedaba averiado.

La propia necesidad militar lleva a toda esta generación a pensar en términos de la industrialización, de la industrialización sustitutiva de importaciones, y del desarrollo nacional, en lugar del desarrollo orientado casi exclusivamente a las exportaciones de productos de costa.

Ya en 1913, 14, se encuentra en las revistas militares artículos de los cuales Raúl Prebisch no se habría avergonzado, que señalan los efectos nocivos que podía tener para el desarrollo futuro, un modelo de desarrollo basado en las exportaciones.

Ahora bien, después de la Segunda Guerra Mundial, todo este reformismo, este estado incorporador de nuevos grupos, tiende a desaparecer. (Aunque en algunas partes resurge tan tarde como en la década de los setenta, pero por razones muy especiales, en Perú y en Ecuador).

Más adelante en el tiempo, se produce un vuelco: mientras en los países del Cono Sur la intervención militar en política reviste un carácter cada vez más cerrado, excluyente y, si se quiere, antipopular, en los países andinos, parece de alguna manera prolongarse y mantenerse la tradición de los años veinte y de los años treinta. En Perú, el gobierno del General Velasco Alvarado hizo curiosamente lo que el APRA dijo que haría en los años treinta. Y el gran enemigo de los militares en los años treinta era el APRA. Y aquellos, cosa curiosa, hacen lo que su enemigo jurado dijo que haría, pero nunca hizo, ni trató seriamente de hacer.

En Perú el desarrollo del militarismo reformista, de avanzada, se vio abortado porque tuvo frente a sí un interlocutor civil que había propuesto esa idea antes que nadie, pero que se presentó como un enemigo de los militares. En todos los otros países en donde hubo militares reformistas, como

Perón, otros como los Julianos, como Ibáñez, el movimiento se inicia en los cuarteles. No existe un partido civil preconstituido que impulsara ese tipo de reformas o que tuviera una ideología articulada en una plataforma diferente. Los partidos reformistas o de izquierda, se forman a consecuencia y como resultado del impulso que les brinda el acto militar. En Chile, el socialismo se forma después del golpe de Ibáñez y se organiza recogiendo la herencia de la acción militar. En Argentina, el justicialismo se organiza desde arriba, una vez que Perón está en el poder. El trabalhismo brasileño empieza a posteriori de los gobiernos del Estado novo. No es una fuerza civil la que moviliza a los militares para que den el golpe. Estos lo dan por razones muy variadas en cada caso. Inician el proceso y después se organiza una contraparte civil que toma el relevo, relevo en el que los militares originarios pueden aparecer o no. Luis Carlos Prestes en Brasil, por ejemplo. El partido comunista brasileño parte con la marcha de Prestes, que era un oficial del ejército brasileño.

Perú es el único caso donde el año treinta más o menos, hay un partido civil poderoso, articulado ideológicamente, coherente, con propuestas que los militares de los otros países hicieron suyas, o trataron de hacerlas en alguna medida.

Y, como en la ideología aprista el militar era el servidor de la oligarquía y el único diálogo que se podía sostener era a tiros, en Trujillo el APRA fusiló a oficiales y soldados, y ese es un tópico histórico, que sería materia de otro análisis.